Muchos San Martín



Una discusión nueva, la del origen familiar, agregó un condimento sabroso a la historia de San Martín. A 150 años exactos de su muerte, ocurrida el 17 de agosto de 1850, **Página/12** retoma esa polémica y también va más allá: en este suplemento especial varios investigadores de primer nivel analizan por qué la figura de San Martín fue tironeada como ninguna otra de la historia argentina, para construir un prócer a medida de cada uno.

Escriben: Aurora Ravina, Patricia Pasquali, José Ignacio García Hamilton, Hugo Chumbita y Ema Cibotti.

LAS MAXIMAS



José de San Martín escribió en 1825 las llamadas "Máximas para mi hija Mercedes". Son las siguientes:

1) Humanice el carácter y haga sensible a su hijo, aun con los insectos que nos perjudican. Sterne le abrió la ventana a una mosca para que saliera y le dijo: "Anda, pobre animal, el mundo es demasiado grande para los dos".
2) Inspírele amor a la verdad y odio a la mentira.
3) Inspírele una gran confianza y amistad, pero unida al respeto.
4) Estimúlele su caridad hacia los pobres.
5) Y respeto sobre la propiedad ajena.
6) Acostúmbrelo a guardar un secreto.
7) Inspírele sentimiento de indulgencia hacia todas las religiones.
8) Y dulzura con los criados, los pobres y los viejos.
9) Que hable poco y sea preciso.
10) Acostúmbrelo a estar formal en la mesa.
11) Y a amar el aseo y despreciar el lujo.
12) Inspírele amor por la patria y por la libertad.

¿CUMPLE LA ARGENTINA DE HOY CON EL LEGADO HISTORICO DEL LIBERTADOR?

La dignidad como obligación

El contraste entre los deseos del Padre de la Patria y el presente revela con claridad de qué modo la Argentina es un país lleno de sueños aún por cumplir. Esta nota intenta descubrir por qué.

Por Aurora Ravina *

Sobran los dedos de una mano para contar los hechos y personas sobre los que puede decirse, sin temor a equivocación, que han logrado, por consenso unánime, el reconocimiento de los argentinos. La Revolución de Mayo porque abrió el camino hacia la emancipación y cambió el principio de la legitimidad del poder; la declaración del 9 de julio de 1816 porque hizo efectiva la independencia; Manuel Belgrano, porque fue el creador de la bandera y su trayectoria se admite como ejemplo de virtudes cívicas en el más amplio sentido de la expresión; finalmente San Martín, porque su acción militar y su lucidez política, libre de ambiciones personales espurias, puestas al servicio de la libertad de su país y de América hispana, permiten reconocerlo como un símbolo de la consolidación de los ideales contenidos en los acontecimientos fundadores del decenio de 1810.

Hoy se cumple el sesquicentenario de la muerte de San Martín y la nación, una vez más, está rindiéndole homenaje. A un tiempo igual y distinto a los que se rindieron en otras épocas, la nación invoca, por un lado, la tutela de su espíritu para que ilumine las decisiones de quienes tienen la responsabilidad de regir sus destinos en cumplimiento del mandato que les acordó el voto de sus conciudadanos y, por otro, el recuerdo de su conducta para que sirva de ejemplo a las jóvenes generaciones. El ritual será satisfecho y será una más de tantas reactualizaciones de la construcción del mito unificador y de la identidad colectiva.

Una construcción que comenzó el siglo pasado a doce años de su muerte cuando se inauguró su estatua en la plaza llamada Campo de Marte, que a partir de 1878, al cumplirse el primer centenario del nacimiento de San Martín, fue rebautizada con su nombre. Para entonces, habían cobrado nuevos impulsos las iniciativas para repatriar los restos y cumplir con el deseo expresado en su testamento (1844) de que su corazón descansara en Buenos Aires. La repatriación se concretó en 1880 y los restos se depositaron en un mausoleo en la catedral porteña. El centenario de San Martín se había cumplido cuando el país comenzaba a recuperarse de la crisis económica de 1873 y el retorno de sus restos había venido a consagrar, simbólicamente, el fin de las disputas por la federalización de Buenos Aires y la consiguiente consolidación de la unión nacional. Pocos años después, Bartolomé Mitre publicaba su *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana,* constituyéndose la obra en la coronación intelectual de los fastos sanmartinianos. El mito se había entronizado definitivamente y los discursos y las acciones de la posteridad mostrarían hasta dónde, en el ancho campo de las ideologías, San Martín era la figura emblemática que podía comprender a todos.

La escuela, alentada por el espíritu del catecismo patriótico nacido al calor del centenario de la Revolución de Mayo, no hizo sino cristalizar una imagen sanmartiniana que con el paso de los años, cuanto más declamaba el rescate del hombre, más destacaba su estatua. Por su lado, en la confluencia entre historia, cultura y política –donde dos modelos calaron muy hondo, la educación ciudadana y el hombre político como gran hombre, conductor de pueblos e inspirador del alma colectiva– San Martín revelaría, con independencia del ángulo ideológico desde el que se lo utilizara, la validez instrumental de tales modelos. Cada quien entresacó de las acciones y los gestos del prócer aquello que podía actuar como prueba eficiente de su visión de la historia. Mientras, desde 1933, por disposición del gobierno del general Justo, el 17 de agosto pasaba a ser feriado nacional en conmemoración del héroe magno de la nacionalidad, el revisionismo rosista de los años treinta levantó la donación del sable hecha por San Martín a Rosas como la convalidación de los méritos del gobernador de Buenos Aires para integrar el panteón nacional, cosa que le había negado, muy especialmente, la historiogra-

> **Idea:** ***"¿Dónde está San Martín? A la luz de la Argentina actual, cuando la desocupación, el hambre, la desatención de la salud pública, el deterioro educativo y la pérdida del patrimonio nacional agudizan el descreimiento de la sociedad, su figura y su ejemplo no aparecen en primer plano. El hombre común, si pudiera expresar sus sentimientos pediría que el único y verdadero homenaje a San Martín se tradujera en la conducta insospechable de los gobernantes ".***

Producción y notas de Verónica Abdala



VOCES

Fernando "Pino" Solanas, cineasta. "San Martín es uno de nuestros grandes símbolos porque pertenece a la generación de fundadores que fueron pura pasión y voluntad. Gente loca que sacaba dinero de su bolsillo para financiar campañas que los canallas como Rivadavia, desde Buenos Aires, les saboteaban. Es de la raza de los que hicieron punta e inventaron un país tras el proyecto de los hombres de Mayo. San Martín inventa un ejército, en Mendoza expropia, incauta, hace financiar y acomete la locura de pasar la cordillera y darles la independencia a Chile y al Perú. Eso demuestra que son posibles las grandes utopías. El hizo posible un sueño a costa de un enorme esfuerzo porque sus hombres no fueron en ómnibus ni en camiones, hicieron América a pie, gauchos, negros, indios. Frente a ellos, es una burla la mediocridad de esta generación, perezosa y resignada frente a los dictámenes que nos imponen las potencias de afuera. Y si el país que le estamos planteando a la nueva generación es ése, hay que decir agarren las valijas y rajen porque hubo un error que nos hizo perder mucho tiempo. O animarse a pensar y en causas argentinas y latinoamericanista como una herencia sanmartiniana, y actuar en consecuencia."

fía liberal y seguiría haciéndolo. Ni unos ni otros lo dijeron todo y por fin, no se trató sino de otro episodio de apropiación ideológica de la historia, que en cada época dirimió sus propias rencillas apoyándose en los hechos del pasado para justificar mejor o peor cuestiones de cada presente.

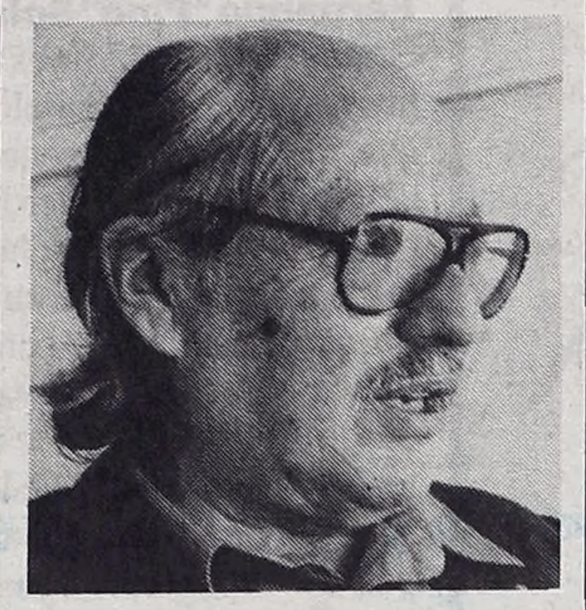
Con la revolución de 1943, el Ejército, entonces al frente del Estado, se hizo cargo, absolutamente, de la administración de los honores a San Martín. Se instituyó, el 17 de agosto de ese año, la *Orden del Libertador San Martín*, condecoración destinada al reconocimiento de los servicios prestados al país o a la humanidad por personalidades extranjeras, asociando así el mayor premio otorgado por la Nación a la figura intachable del padre de la patria. Por otra parte, el Instituto Nacional Sanmartiniano, corporación surgida en 1933 por iniciativa privada, también pasó a depender del Ejército en 1944, después de la celebración del aniversario sanmartiniano de ese año. Perón asistió a la celebración en su calidad de vicepresidente de la Nación y en el desfile participaron, junto a los militares, delegaciones sindicales. El coronel sembraba y la cosecha sería abundante. En 1949, la ley 13.661 declaró a 1950, centenario de su muerte, Año del Libertador General San Martín. La apoteosis sanmartiniana se renovaría cada día de los 365 de 1950 y el general Perón, imbuido como militar y político, del fervor patriótico que convenía a un conductor de pueblos como él, encontró el escenario ideal para impulsar la causa de la reelección que le había habilitado la reforma constitucional. El culto al prócer le servía de maravillas para catequizar con el ejemplo de los grandes hombres y el respeto y la admiración debidas a quienes lo daban todo por la ventura de su patria.

En 1978, año del bicentenario del nacimiento de San Martín, se llevaron a cabo dos celebraciones de muy distinto orden. El Campeonato Mundial de Fútbol y el II Congreso Internacional Sanmartiniano. El primero, de alcance masivo, serviría al autodenominado Proceso de Reorganización Nacional para más de un objetivo, entre otros asociar torpemente al triunfo deportivo a la buena gestión del gobierno. El segundo, donde la moderación de los discursos oficiales no alcanzó para ocultar el fondo de sus intenciones políticas y de su ideología, ofició de gran homenaje a San Martín y recogió las investigaciones tanto de experimentados como de jóvenes estudiosos del país y del extranjero y el quehacer de la historia contribuyó, por pocos días, a brindar alguna serenidad frente a las angustias de una sociedad castigada por la falta de garantías constitucionales, entre otras muchas calamidades.

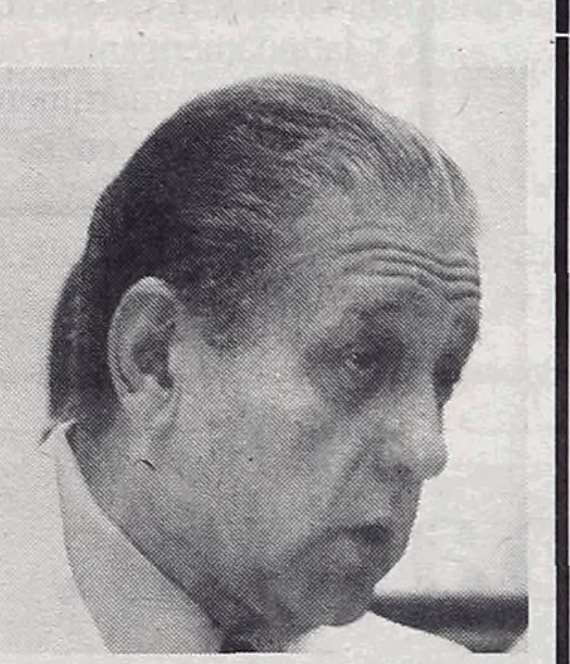
¿Dónde está San Martín? A la luz de la Argentina actual, cuando la desocupación, el hambre, la desatención de la salud pública, el deterioro educativo y la pérdida del patrimonio nacional agudizan el descreimiento de la sociedad, su figura y su ejemplo no aparecen en primer plano, como se pregonó que debía ocurrir a lo largo del siglo que ya termina. El hombre común, si pudiera expresar su más íntimo sentir, creo que pediría que el único y verdadero homenaje a San Martín se tradujera en la conducta insospechable de los gobernantes, en el cumplimiento estricto y compartido de la austeridad que impone la gravedad de la situación económica, en la verdadera atención de los problemas grandes y pequeños que aquejan a la gente. Si en algún lado anida, en este momento, la herencia de San Martín, es en el esfuerzo silencioso de esa mayoría del país que cada día, convencida de los valores de la democracia, no proclama, pero sí ejerce la defensa de su dignidad y de su libertad.

* *Profesora de Historia del Conicet/UBA. Directora de las colecciones de historia de* ***Página/12.***

VOCES



◆ **Fermín Chávez, historiador.** "A lo largo de las décadas, ha habido una necesidad política de construir un mito por el cual se supone que desde 1810 todo salió bien. La historia argentina es una suma de islotes gloriosos y luminosos, salpicados por islotes negros. Los héroes son aquellos que en alguna medida apoyaron el proyecto, los que no querían el proyecto quedaron de lado. Esta es la historia que cuenta Bartolomé Mitre, una historia que pretendía negar al San Martín humano. De no ser así, habrá pensado, el Santo de la Espada se tornaría una figura contradictoria e inmanejable porque estaría vinculada con la política. Sería otro San Martín: estaría vivo y se tornaría peligroso."

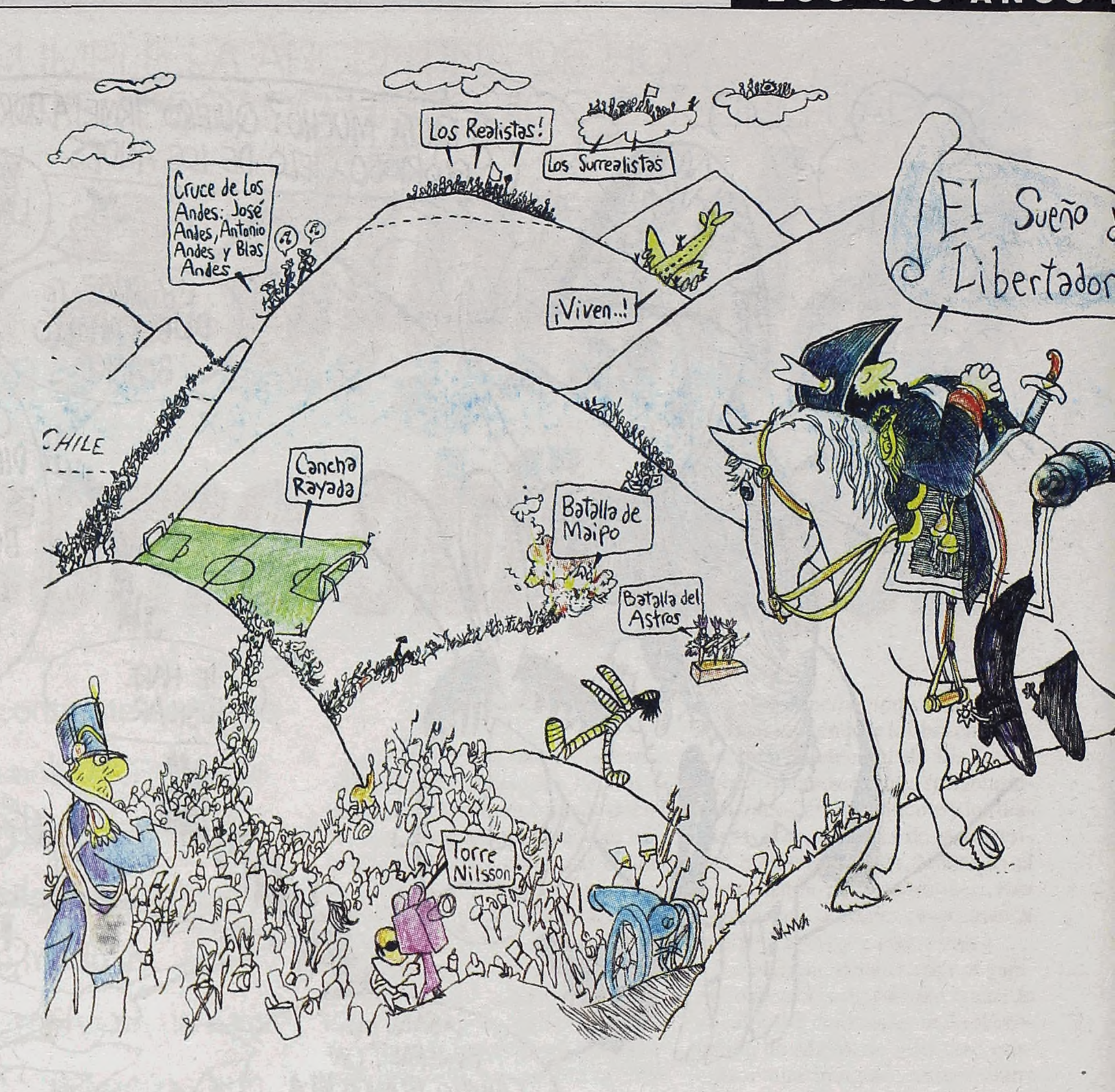


◆ **René Favaloro.** "Vestía el uniforme de granaderos con botas de montar y el típico sombrero falucho de hule. Se levantaba a las cuatro, preparaba su propio café mientras limpiaba sus botas. A las cinco recibía a su secretario con quien trabajaba toda la mañana, avaro en el tiempo, como comenta Mitre, "pues contaba los minutos consultando siempre su cronómetro". Al mediodía, almorzaba casi siempre solo en la cocina, puchero o asado, algún dulce mendocino y dos copas de vino. En verano dormía la siesta, unas dos horas, sobre un cuervo tendido en el corredor de la casa". *Del libro ¿Conoce usted a San Martín?.*

◆ **John Lynch, historiador*.** "San Martín era un verdadero libertador, el más escrupuloso de todos los libertadores. Fue a Perú para entablar una guerra, no de conquista sino de ideas, una guerra para ganar las mentes y el corazón de la gente. "Quiero tener a todos los hombres pensando conmigo, y no quiero avanzar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública", dijo. Una política idealista, y que logró sólo éxito parcial. Aun así, San Martín fue lo suficientemente realista como para aceptar los hechos y dejar el camino abierto para que Bolívar obtuviera la independencia del Perú."

** Profesor emérito de Historia Latinoamericana de la Universidad de Londres.*

La autora de esta nota está decididamente en contra de lo que llama una tendencia a novelizar en exceso la vida de los grandes hombres. Su argumento es que la humanización no agrega nada a la historia.



LA "HUMANIZACION" DE LOS PROCERES Y EL SIGNIFICADO DE SA

Los abusos de la n

Por Patricia Pasquali *

Existe hoy un legítimo deseo colectivo de aproximación al conocimiento de los protagonistas de nuestro pasado tal como fueron. Hay una exigencia generalizada de descubrir a los hombres reales y creíbles, que durante mucho tiempo han permanecido escondidos tras las efigies pétreas, lejanas e incólumes que se fabricaron de ellos, y que al tornarlos inverosímiles sólo generaron escepticismo y desconocimiento.

Pero, actualmente, con el mal uso y abuso del género de la biografía novelada se ha ido a parar exactamente en el otro extremo de la tendencia sacralizadora precedente, por sólo hacer hincapié en los supuestos aspectos oscuros o puntos débiles y criticables que ellos habrían tenido; de tal suerte que los prohombres que siempre tuvimos por referentes históricos debido a ciertas características que los hicieron superiores y admirables diferenciándolos del resto, por algunas de sus grandes realizaciones o incluso tan sólo por su índole visionaria aunque hubiesen fracasado en su tiempo a nivel de las concreciones, quedan convertidos, con la excusa de quitarles la pátina de bronce, en personajes menores, mediocres, reprobables, en fin, en pésimas caricaturas de lo que en realidad fueron.

Se ha ido así, en una especie de bandazo, de la deificación hasta el nihilismo, de la hagiografía hasta la difamación, recurriendo a cualquier medio con tal de responder a las exigencias del marketing y ganar protagonismo por la vía del escándalo. Pareciera que lo único que importa es producir el golpe de efecto, el impacto en el potencial lector, sin importar cómo: si es preciso tergiversar los hechos, se lo hace; si se requiere fabular con tal de condimentar el relato y tornarlo más atractivo, no se duda en echar mano de la "licencia literaria" como justificativo válido, etc. Así, se asiste hoy a una escalada de banalización y chismografía dentro de la narrativa histórica argentina, que nada tiene que ver con la humanización de los próceres.

Y los historiadores de formación y oficio son en gran parte responsables de este lamentable fenómeno, porque se han divorciado de la gente, porque no han cumplido su compromiso social insoslayable de conectar a la comunidad con su pasado. Encerrados en sus torres de marfil, utilizando un lenguaje críptico para iniciados, escribiendo para sus pares, incrementando el conocimiento histórico pero despreocupándose de hacerlo vigente y operante en la conciencia colectiva, contribuyen a su progresivo vaciamiento, a que subsistan viejos mitos o que ocupen su lugar versiones antojadizas e infundadas de las más diversas layas.

Me asiste la convicción de que la sociedad argentina es mucho más madura de lo que suele creerse y que terminará rechazando –ya ha comenzado a hacerlo– esta insustancial tendencia iconoclasta por instintivo patriotismo, que en su sentido más profundo implica una defensa de la propia identidad.

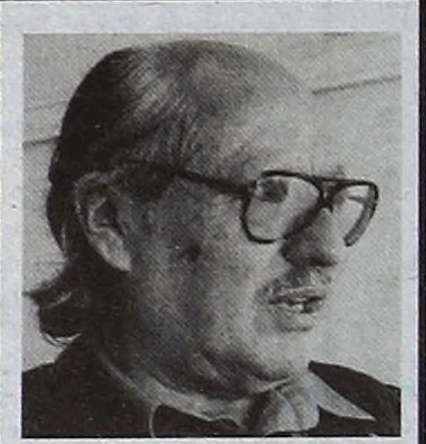
Los héroes existieron, existen y existirán. Según el diccionario son aquellos capaces de realizar grandes hazañas (¿acaso alguien puede dudar de que el cruce de los Andes y la liberación de Chile y de la mitad del Perú lo fueron?), pero esas hazañas son tales porque precisamente son hombres los que las hacen, hombres limitados como los demás pero con una capacidad especial de entrega a una causa. No son semidioses, no mueven como taumaturgos los hilos de la historia. Si así fuera, ¿qué mérito tendrían? Pero si bien no pueden a fuerza de voluntarismo cambiar por sí mismos la orientación de las fuerzas sociales de su tiempo, sí pueden cumplir una función dinamizante en el proceso histórico, extrayendo la máxima potencialidad de ellas y organizarlas de la forma más eficiente posible para acelerar la concreción de la meta colectiva a cuya cabeza se ponen. Eso fue lo que hizo San Martín. En lo estrictamente personal y cotidiano pueden ser, como todos y cada uno de nosotros, injustos, coléricos, contradictorios, codiciosos, soberbios, lujuriosos, abandónicos, etcétera; aunque en general tienen la capacidad de superar o sobreponerse a esas desviaciones si interfieren en la realización del objetivo propuesto, por el que sienten una fidelidad irrenunciable y están comprometidos a cumplir a todo trance.

> **Categoría:** ***"Los héroes existieron, existen y existirán. Según el diccionario son aquellos capaces de realizar grandes hazañas, que son tales porque precisamente son hombres los que las hacen, hombres limitados como los demás, pero con una capacidad especial de entrega a una causa".***

¿Quién fue realmente el Libertador y qué debemos rescatar los argentinos de su lección de vida? Inmerso en un tiempo de cambio signado por la lucha de las fuerzas liberales contra el absolutismo y la dependencia colonial, San Martín, luego de pasar casi toda la primera mitad de su vida en España, abandonó su carrera y su familia para ponerse al servicio de la independencia de la tierra en la que accidentalmente había nacido, mientras la península prácticamente había sucumbido a la invasión napoleónica, quedando como último reducto de la resistencia la ciudad de Cádiz en la que él se hallaba. Además, allí su carrera había llegado a un tope que era casi imposible sobrepasar, dada la estructura estamental del ejército que vedaba el acceso a las altos mandos a quienes carecían de la condición nobiliaria, como era su caso; mientras un ancho campo se abría allende el océano a su noble ambición de conductor militar en potencia, pero sin chance de realización en aquel estrecho escenario: parafraseándolo, puede decirse que en Sudamérica San Martín podía ser lo que intuía que era; si permanecía en la metrópoli, no sería nada.

De vigorosa racionalidad y mentalidad universalista había adherido por su formación masónica a la causa de la autodeterminación de los pueblos y vio en América la Patria en la que era posible la realización de su ideal de libertad fraterna, mientras Europa sucumbía presa del despotismo. Por

VOCES



◆ **Fermín Chávez, historiador.** "A lo largo de las décadas, ha habido una necesidad política de construir un mito por el cual se supone que desde 1810 todo salió bien. La historia argentina es una suma de islotes gloriosos y luminosos, salpicados por islotes negros. Los héroes son aquellos que en alguna medida apoyaron el proyecto, los que no querían el proyecto quedaron de lado. Esta es la historia que cuenta Bartolomé Mitre, una historia que pretendía negar al San Martín humano. De no ser así, habrá pensado, el Santo de la Espada se tornaría una figura contradictoria e inmanejable porque estaría vinculada con la política. Sería otro San Martín: estaría vivo y se tornaría peligroso."

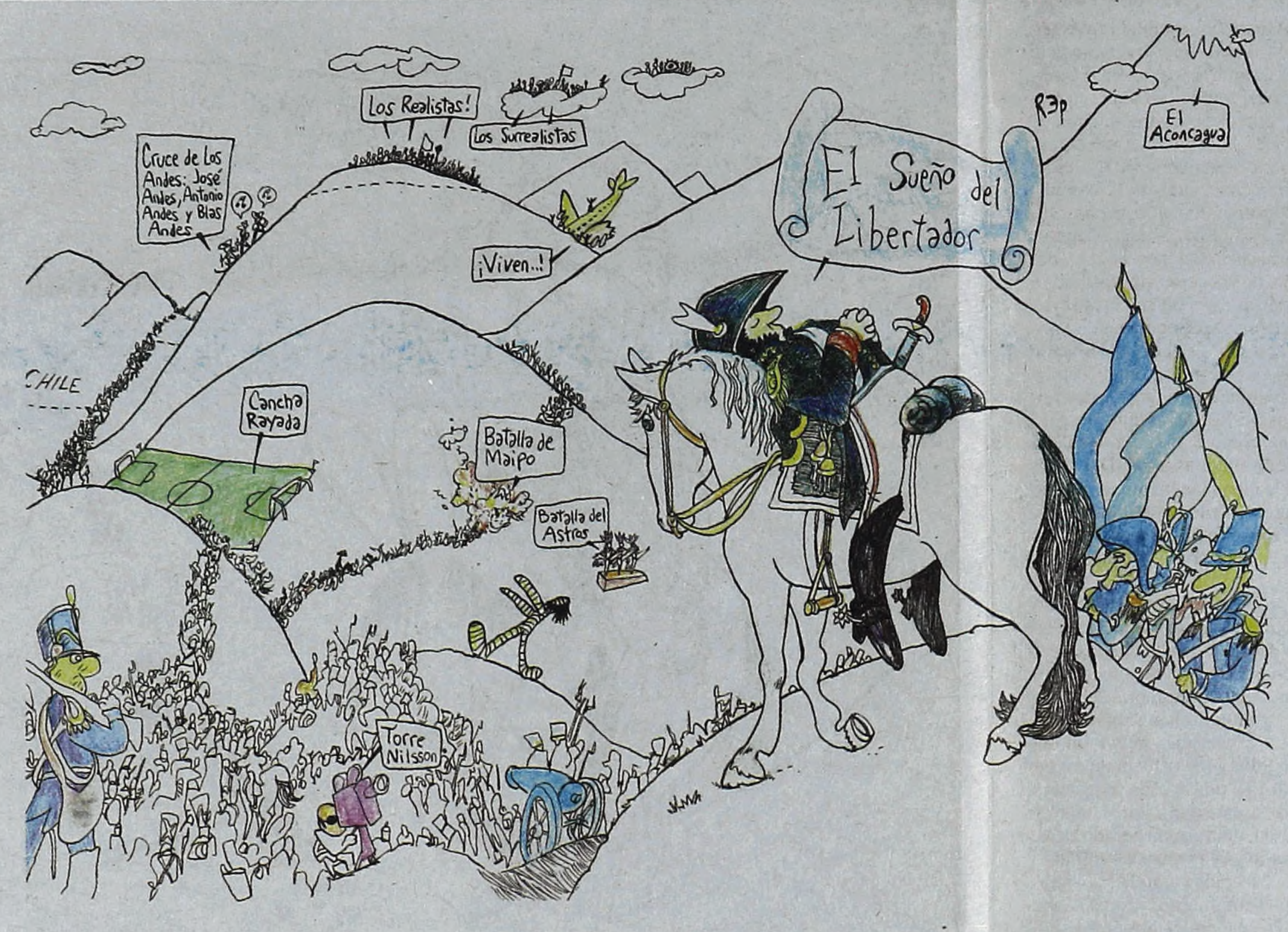


◆ **René Favaloro.** "Vestía el uniforme de granaderos con botas de montar y el típico sombrero falucho de hule. Se levantaba a las cuatro, preparaba su propio café mientras limpiaba sus botas. A las cinco recibía a su secretario con quien trabajaba toda la mañana, avaro en el tiempo, como comenta Mitre, "pues contaba los minutos consultando siempre su cronómetro". Al mediodía, almorzaba casi siempre solo en la cocina, puchero o asado, algún dulce mendocino y dos copas de vino. En verano dormía la siesta, unas dos horas, sobre un cuervo tendido en el corredor de la casa". *Del libro ¿Conoce usted a San Martín?.*

◆ **John Lynch, historiador*.** "San Martín era un verdadero libertador, el más escrupuloso de todos los libertadores. Fue a Perú para entablar una guerra, no de conquista sino de ideas, una guerra para ganar las mentes y el corazón de la gente. "Quiero tener a todos los hombres pensando conmigo, y no quiero avanzar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública", dijo. Una política idealista, y que logró sólo éxito parcial. Aun así, San Martín fue lo suficientemente realista como para aceptar los hechos y dejar el camino abierto para que Bolívar obtuviera la independencia del Perú."

** Profesor emérito de Historia Latinoamericana de la Universidad de Londres.*

La autora de esta nota está decididamente en contra de lo que llama una tendencia a novelizar en exceso la vida de los grandes hombres. Su argumento es que la humanización no agrega nada a la historia.



LA "HUMANIZACION" DE LOS PROCERES Y EL SIGNIFICADO DE SAN MARTIN

Los abusos de la novela

Por Patricia Pasquali *

Existe hoy un legítimo deseo colectivo de aproximación al conocimiento de los protagonistas de nuestro pasado tal como fueron. Hay una exigencia generalizada de descubrir a los hombres reales y creíbles, que durante mucho tiempo han permanecido escondidos tras las efigies pétreas, lejanas e incólumes que se fabricaron de ellos, y que al tornarlos inverosímiles sólo generaron escepticismo y desconocimiento.

Pero, actualmente, con el mal uso y abuso del género de la biografía novelada se ha ido a parar exactamente en el otro extremo de la tendencia sacralizadora precedente, por sólo hacer hincapié en los supuestos aspectos oscuros o puntos débiles y criticables que ellos habrían tenido; de tal suerte que los prohombres que siempre tuvimos por referentes históricos debido a ciertas características que los hicieron superiores y admirables diferenciándolos del resto, por algunas de sus grandes realizaciones o incluso tan sólo por su índole visionaria aunque hubiesen fracasado en su tiempo a nivel de las concreciones, quedan convertidos, con la excusa de quitarles la pátina de bronce, en personajes menores, mediocres, reprobables, en fin, en pésimas caricaturas de lo que en realidad fueron.

Se ha ido así, en una especie de bandazo, de la deificación hasta el nihilismo, de la hagiografía hasta la difamación, recurriendo a cualquier medio con tal de responder a las exigencias del marketing y ganar protagonismo por la vía del escándalo. Pareciera que lo único que importa es producir el golpe de efecto, el impacto en el potencial lector, sin importar cómo: si es preciso tergiversar los hechos, se lo hace; si se requiere fabular con tal de condimentar el relato y tornarlo más atractivo, no se duda en echar mano de la "licencia literaria" como justificativo válido, etc. Así, se asiste hoy a una escalada de banalización y chismografía dentro de la narrativa histórica argentina, que nada tiene que ver con la humanización de los próceres.

Y los historiadores de formación y oficio son en gran parte responsables de este lamentable fenómeno, porque se han divorciado de la gente, porque no han cumplido su compromiso social insoslayable de conectar a la comunidad con su pasado. Encerrados en sus torres de marfil, utilizando un lenguaje críptico para iniciados, escribiendo para sus pares, incrementando el conocimiento histórico pero despreocupándose de hacerlo vigente y operante en la conciencia colectiva, contribuyen a su progresivo vaciamiento, a que subsistan viejos mitos o que ocupen su lugar versiones antojadizas e infundadas de las más diversas layas.

Me asiste la convicción de que la sociedad argentina es mucho más madura de lo que suele creerse y que terminará rechazando –ya ha comenzado a hacerlo– esta insustancial tendencia iconoclasta por instintivo patriotismo, que en su sentido más profundo implica una defensa de la propia identidad.

Los héroes existieron, existen y existirán. Según el diccionario son aquellos capaces de realizar grandes hazañas (¿acaso alguien puede dudar de que el cruce de los Andes y la liberación de Chile y de la mitad del Perú lo fueron?), pero esas hazañas son tales porque precisamente son hombres los que las hacen, hombres limitados como los demás pero con una capacidad especial de entrega a una causa. No son semidioses, no mueven como taumaturgos los hilos de la historia. Si así fuera, ¿qué mérito tendrían? Pero si bien no pueden a fuerza de voluntarismo cambiar por sí mismos la orientación de las fuerzas sociales de su tiempo, sí pueden cumplir una función dinamizante en el proceso histórico, extrayendo la máxima potencialidad de ellas y organizarlas de la forma más eficiente posible para acelerar la concreción de la meta colectiva a cuya cabeza se ponen. Eso fue lo que hizo San Martín. En lo estrictamente personal y cotidiano pueden ser, como todos y cada uno de nosotros, injustos, coléricos, contradictorios, codiciosos, soberbios, lujuriosos, abandónicos, etcétera; aunque en general tienen la capacidad de superar o sobreponerse a esas desviaciones si interfieren en la realización del objetivo propuesto, por el que sienten una fidelidad irrenunciable y están comprometidos a cumplir a todo trance.

> **Categoría:** *"Los héroes existieron, existen y existirán. Según el diccionario son aquellos capaces de realizar grandes hazañas, que son tales porque precisamente son hombres los que las hacen, hombres limitados como los demás, pero con una capacidad especial de entrega a una causa".*

¿Quién fue realmente el Libertador y qué debemos rescatar los argentinos de su lección de vida? Inmerso en un tiempo de cambio signado por la lucha de las fuerzas liberales contra el absolutismo y la dependencia colonial, San Martín, luego de pasar casi toda la primera mitad de su vida en España, abandonó su carrera y su familia para ponerse al servicio de la independencia de la tierra en la que accidentalmente había nacido, mientras la península prácticamente había sucumbido a la invasión napoleónica, quedando como último reducto de la resistencia la ciudad de Cádiz en la que él se hallaba. Además, allí su carrera había llegado a un tope que era casi imposible sobrepasar, dada la estructura estamental del ejército que vedaba el acceso a las altos mandos a quienes carecían de la condición nobiliaria, como era su caso; mientras un ancho campo se abría allende el océano a su noble ambición de conductor militar en potencia, pero sin chance de realización en aquel estrecho escenario: parafraseándolo, puede decirse que en Sudamérica San Martín podía ser lo que intuía que era; si permanecía en la metrópoli, no sería nada.

De vigorosa racionalidad y mentalidad universalista había adherido por su formación masónica a la causa de la autodeterminación de los pueblos y vio en América la Patria en la que era posible la realización de su ideal de libertad fraterna, mientras Europa sucumbía presa del despotismo. Por eso tomó la crucial y meditada decisión que puso una bisagra a su vida: se pasó de filas y sintiéndose "un instrumento de la justicia" puso su espada al servicio de la causa emancipadora que dio sentido a toda su existencia, convertida en una misión que llevó a cabo con una voluntad de hierro.

El pensaba "en grande", "en americano" e inevitablemente tuvo que enfrentar el localismo de cortas miras y las ambiciones personales, así como también debió luchar a brazo partido contra la desconfianza y la maledicencia que más de una vez pusieron en peligro la realización de su empresa. Su limpia y fría lógica en el orden de prioridades le hizo sacrificar a quienes lo rodeaban –su esposa, sus amigos de la logia, sus viejos camaradas del ejército de los Andes– hasta llegar a autoexcluirse para que su misión triunfara, porque nunca antepuso a ella su propio protagonismo.

Frente a la incomprensión de sus contemporáneos que vituperaron su nombre, se recluyó en un amargo silencio, soportando con entereza y templanza la soledad que precedió a su gloria. La suya fue, pues, una vida puesta al servicio de un ideal del que nada ni nadie lo pudo desviar. La imperturbable coherencia de su conducta, su espíritu tolerante, su condena de la lucha fratricida y su desapego al poder lo constituyen en un raro y poco imitado ejemplo, sobre todo en estos tiempos de doble discurso, de espíritu faccioso y de ambiciosa venalidad.

** Historiadora, autora de* San Martín confidencial *(Editorial Sudamericana).*

CUANTAS BARBARIDADES EN TU NOMBRE, PADRE DE LA PATRIA

Memoria sin papas ni vino

Por José Ignacio García Hamilton *

El autor de esta nota está completamente a favor de la humanización de los héroes. Es más, es el autor de la novela "Don José" y ya había trabajado antes sobre las figuras de Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. Los próceres, sostiene, son de todos.

A fines de 1939, un funcionario de la entonces pequeña ciudad de San Martín de los Andes decidió sembrar papas en la plaza de la localidad, para evitar el crecimiento de la maleza. Pero como la estatua del Libertador estaba en medio del paseo, un grupo de vecinos consideró que la iniciativa era afrentosa para el prócer y empezaron a dejarle ramos de flores en desagravio. El jefe del regimiento 4 de caballería se unió a la resistencia contra los irreverentes tubérculos y realizó un acto en el lugar, en el que afirmó que las Fuerzas Armadas eran las custodias naturales de los bustos del general San Martín y ordenó a sus soldados que hicieran pisotear con sus caballos los nacientes brotes. Las plantas, sin embargo, continuaron su vigoroso crecimiento, y poco después un mayor retirado encabezó un nuevo ataque de paisanos y jinetes contra los irrespetuosos vegetales: uno de los exaltados le disparó un tiro al jefe comunal y la policía debió detener a varios recalcitrantes.

Algunos años después, una fraccionadora de vinos del noroeste argentino sacó al mercado un tintillo que se llamaba Gran Capitán. El producto tuvo éxito, pero miembros del Instituto Sanmartiniano, ignorando que San Martín disfrutaba de los buenos vinos (o quizás sensibilizados por la acusación hecha por Hilarión de la Quintana, en el sentido de que el Libertador habría estado ebrio durante la batalla de Maipú), consideraron que la marca comercial agraviaba al prócer y lograron que la bodega suspendiera su venta...

El Instituto Nacional Sanmartiniano, que había nacido como una entidad privada pero en 1944 fue estatizado y puesto bajo la órbita del Ministerio de Guerra, dictaba úkases a los medios de difusión y a los establecimientos educativos en los que disponía arbitrariamente qué podía publicarse y qué no sobre la historia del padre de la patria.

Al conmemorarse en 1950 los cien años de la muerte del general, una comisión legislativa recorrió el país y clausuró varios diarios (entre ellos *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca y *La Prensa* de Buenos Aires), por haber omitido en alguna de sus páginas, después de la fecha, el obligado aditamento de "Año del Libertador General San Martín". Todos los alumnos de escuelas y colegios del país estábamos también forzados a escribir cotidianamente la referencia.

Estos hechos, algunos risibles y otros patéticos por tratarse de atentados contra la libertad, parecían propios de un pasado autoritario e infantil, superado luego de 17 años de ejercicio de la democracia. Pero la aparición del libro de Juan Bautista Sejean *La Tercera Invasión Inglesa*, hace unos pocos años, y la de *Don José*, de mi autoría, hace unas semanas, mostraron que todavía hay bolsones de autoritarismo e irracionalidad que mantienen porciones no desdeñables de poder.

La Academia Nacional Sanmartiniana condenó los contenidos de mi libro antes de su aparición y el comandante en jefe del Ejército y el vicepresidente de la Nación, obligados a respetar la libertad de expresión garantizada por la Constitución Nacional, se permitieron descalificar la labor de los escritores o historiadores críticos, con lo que tácitamente convalidaron la actuación de las barras bravas sanmartinianas que alteraron las presentaciones de mi obra en Rosario y Mendoza.

La versión de que San Martín podría ser hijo de Diego de Alvear y de una indígena guaraní desestabilizó también a personas dogmáticas, que con criterio racista y discriminador no permiten ni siquiera estudiar la posibilidad de que el héroe pudiera ser hijo natural, mestizo y adoptado. Desde otro ángulo, también parece haber grupos convencionales que prefieren que su paradigma descienda de un matrimonio formal de clase media, antes que de un noble español capaz de engendrar un bastardo con una india. Curioso destino el de la memoria de San Martín, un hombre que en su juventud apoyaba los principios de libertad, igualdad y fraternidad, cultivados en las logias masónicas que divulgaban las ideas vanguardistas de tolerancia, ciencia y filantropía. Parafraseando lo que se expresó de la Revolución Francesa, bien podríamos exclamar al cabo del año 2000: "¡Oh, San Martín, cuántas barbaridades se cometen en tu nombre!".

** Escritor. Autor de* Don José, la vida de San Martín.







◆ **Rodolfo Terragno, jefe de Gabinete*.** Si concebimos a San Martín como a un ser sobrenatural, matamos al arquetipo, al paradigma cuya conducta podemos imitar. No siento que la historia argentina haya ido más allá de la reconstrucción de la vida del héroe, Mitre y otros autores logran recuperarlo, pero luego no se ha profundizado en el San Martín estratega, político, no se han tratado de develar los misterios ni resolver las contradicciones que plantea su vida. Se lo convirtió en un icono, objeto de adoración. Para mí, San Martín no fue un ser sobrenatural."
**Autor de Maitland & San Martín.*



◆ **José Pablo Feinmann, escritor.** "La condición del mito es su ahistoricidad. Lograr acceder a un estadio de tan impecable pureza que ya la Historia no pueda erosionarlo. (...) Los mitos, cuando se historizan, cuando pierden su lejanía suprahistórica, en suma: cuando regresan, por así decirlo, a la Historia que los vio nacer, al barrio, mueren. No sería arriesgado conjeturar que la luminosa u oscura comprensión de estas razones condujo a San Martín a permanecer lejano, inaccesible, místico."



◆ **Mario "Pacho" O'Donnell, escritor.** "La tantas veces demostrada dignidad de Don José, pero también su fina intuición política, lo convencieron de que ninguna empresa le sería posible si su mando no le era reafirmado por sus subalternos. En caso de que así no fuese, estaba convencido de dejar paso a otro que lo sucediera en la seguridad de que lo primordial era garantizar la victoria militar sobre España. (...) Lo que San Martín también buscaba era que sus hombres legitimaran sus reiteradas desobediencias al poder central."



AN MARTIN

novela

eso tomó la crucial y meditada decisión que puso una bisagra a su vida: se pasó de filas y sintiéndose "un instrumento de la justicia" puso su espada al servicio de la causa emancipadora que dio sentido a toda su existencia, convertida en una misión que llevó a cabo con una voluntad de hierro.

El pensaba "en grande", "en americano" e inevitablemente tuvo que enfrentar el localismo de cortas miras y las ambiciones personales, así como también debió luchar a brazo partido contra la desconfianza y la maledicencia que más de una vez pusieron en peligro la realización de su empresa. Su limpia y fría lógica en el orden de prioridades le hizo sacrificar a quienes lo rodeaban –su esposa, sus amigos de la logia, sus viejos camaradas del ejército de los Andes– hasta llegar a autoexcluirse para que su misión triunfara, porque nunca antepuso a ella su propio protagonismo.

Frente a la incomprensión de sus contemporáneos que vituperaron su nombre, se recluyó en un amargo silencio, soportando con entereza y templanza la soledad que precedió a su gloria. La suya fue, pues, una vida puesta al servicio de un ideal del que nada ni nadie lo pudo desviar. La imperturbable coherencia de su conducta, su espíritu tolerante, su condena de la lucha fratricida y su desapego al poder lo constituyen en un raro y poco imitado ejemplo, sobre todo en estos tiempos de doble discurso, de espíritu faccioso y de ambiciosa venalidad.

* *Historiadora, autora de* San Martín confidencial *(Editorial Sudamericana).*

CUANTAS BARBARIDADES EN TU NOMBRE, PADRE DE LA PATRIA

Memoria sin papas ni vino

Por José Ignacio García Hamilton *

El autor de esta nota está completamente a favor de la humanización de los héroes. Es más, es el autor de la novela "Don José" y ya había trabajado antes sobre las figuras de Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi. Los próceres, sostiene, son de todos.

A fines de 1939, un funcionario de la entonces pequeña ciudad de San Martín de los Andes decidió sembrar papas en la plaza de la localidad, para evitar el crecimiento de la maleza. Pero como la estatua del Libertador estaba en medio del paseo, un grupo de vecinos consideró que la iniciativa era afrentosa para el prócer y empezaron a dejarle ramos de flores en desagravio. El jefe del regimiento 4 de caballería se unió a la resistencia contra los irreverentes tubérculos y realizó un acto en el lugar, en el que afirmó que las Fuerzas Armadas eran las custodias naturales de los bustos del general San Martín y ordenó a sus soldados que hicieran pisotear con sus caballos los nacientes brotes. Las plantas, sin embargo, continuaron su vigoroso crecimiento, y poco después un mayor retirado encabezó un nuevo ataque de paisanos y jinetes contra los irrespetuosos vegetales: uno de los exaltados le disparó un tiro al jefe comunal y la policía debió detener a varios recalcitrantes.

Algunos años después, una fraccionadora de vinos del noroeste argentino sacó al mercado un tintillo que se llamaba Gran Capitán. El producto tuvo éxito, pero miembros del Instituto Sanmartiniano, ignorando que San Martín disfrutaba de los buenos vinos (o quizás sensibilizados por la acusación hecha por Hilarión de la Quintana, en el sentido de que el Libertador habría estado ebrio durante la batalla de Maipú), consideraron que la marca comercial agraviaba al prócer y lograron que la bodega suspendiera su venta...

El Instituto Nacional Sanmartiniano, que había nacido como una entidad privada pero en 1944 fue estatizado y puesto bajo la órbita del Ministerio de Guerra, dictaba úkases a los medios de difusión y a los establecimientos educativos en los que disponía arbitrariamente qué podía publicarse y qué no sobre la historia del padre de la patria.

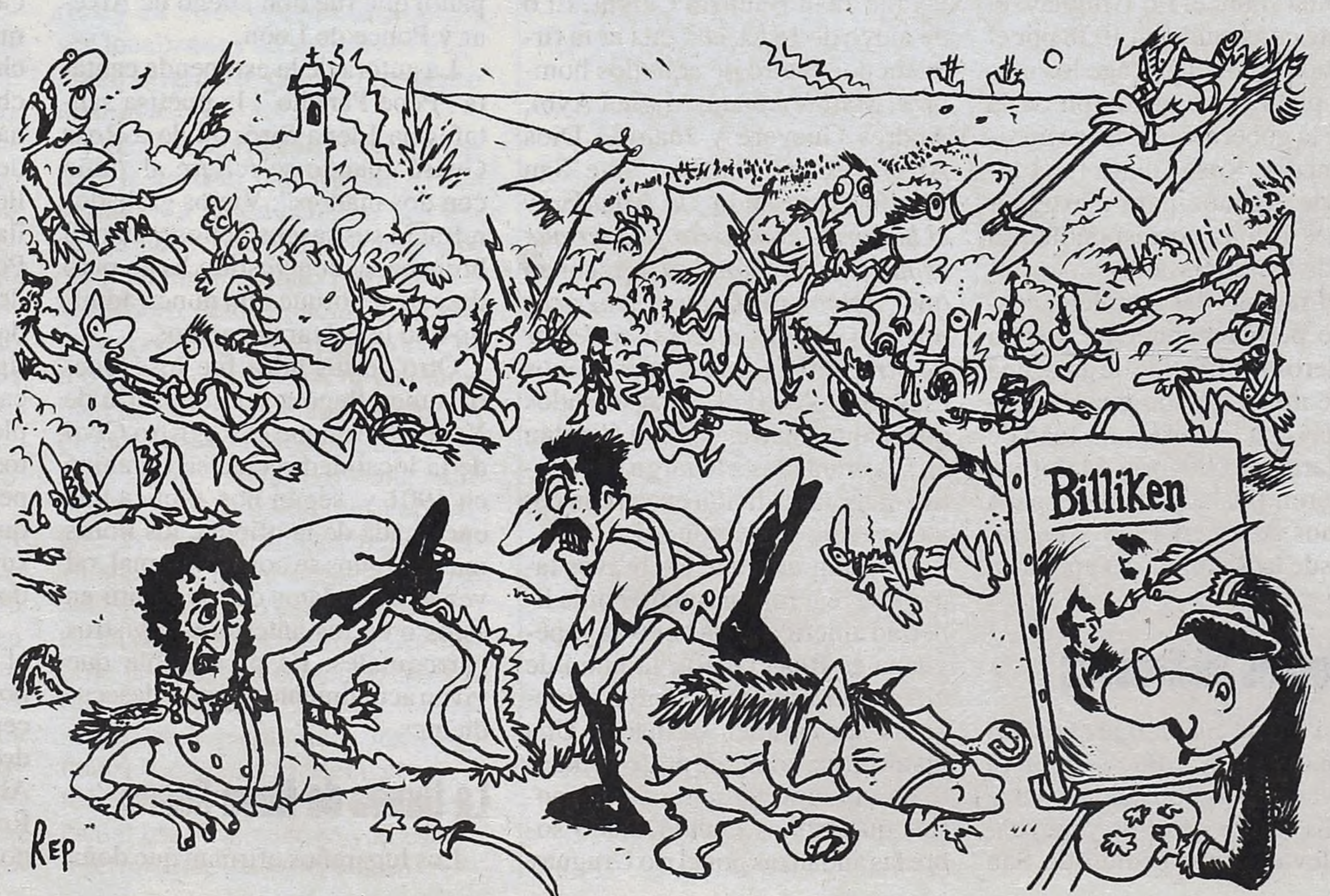
Al conmemorarse en 1950 los cien años de la muerte del general, una comisión legislativa recorrió el país y clausuró varios diarios (entre ellos *La Nueva Provincia* de Bahía Blanca y *La Prensa* de Buenos Aires), por haber omitido en alguna de sus páginas, después de la fecha, el obligado aditamento de "Año del Libertador General San Martín". Todos los alumnos de escuelas y colegios del país estábamos también forzados a escribir cotidianamente la referencia.

Estos hechos, algunos risibles y otros patéticos por tratarse de atentados contra la libertad, parecían propios de un pasado autoritario e infantil, superado luego de 17 años de ejercicio de la democracia. Pero la aparición del libro de Juan Bautista Sejean *La Tercera Invasión Inglesa*, hace unos pocos años, y la de *Don José*, de mi autoría, hace unas semanas, mostraron que todavía hay bolsones de autoritarismo e irracionalidad que mantienen porciones no deseñables de poder.

La Academia Nacional Sanmartiniana condenó los contenidos de mi libro antes de su aparición y el comandante en jefe del Ejército y el vicepresidente de la Nación, obligados a respetar la libertad de expresión garantizada por la Constitución Nacional, se permitieron descalificar la labor de los escritores o historiadores críticos, con lo que tácitamente convalidaron la actuación de las barras bravas sanmartinianas que alteraron las presentaciones de mi obra en Rosario y Mendoza.

La versión de que San Martín podría ser hijo de Diego de Alvear y de una indígena guaraní desestabilizó también a personas dogmáticas, que con criterio racista y discriminador no permiten ni siquiera estudiar la posibilidad de que el héroe pudiera ser hijo natural, mestizo y adoptado. Desde otro ángulo, también parece haber grupos convencionales que prefieren que su paradigma descienda de un matrimonio formal de clase media, antes que de un noble español capaz de engendrar un bastardo con una india. Curioso destino el de la memoria de San Martín, un hombre que en su juventud apoyaba los principios de libertad, igualdad y fraternidad, cultivados en las logias masónicas que divulgaban las ideas vanguardistas de tolerancia, ciencia y filantropía. Parafraseando lo que se expresó de la Revolución Francesa, bien podríamos exclamar al cabo del año 2000: "¡Oh, San Martín, cuántas barbaridades se cometen en tu nombre!".

* *Escritor. Autor de* Don José, la vida de San Martín.



VOCES

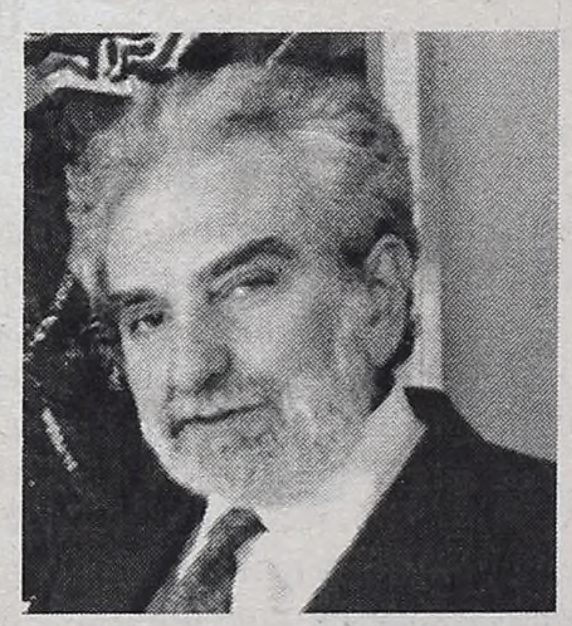


◆ **Rodolfo Terragno, jefe de Gabinete*.** Si concebimos a San Martín como a un ser sobrenatural, matamos al arquetipo, al paradigma cuya conducta podemos imitar. No siento que la historia argentina haya ido más allá de la reconstrucción de la vida del héroe, Mitre y otros autores logran recuperarlo, pero luego no se ha profundizado en el San Martín estratega, político, no se han tratado de develar los misterios ni resolver las contradicciones que plantea su vida. Se lo convirtió en un icono, objeto de adoración. Para mí, San Martín no fue un ser sobrenatural."

**Autor de Maitland & San Martín.*



◆ **José Pablo Feinmann, escritor.** "La condición del mito es su ahistoricidad. Lograr acceder a un estadio de tan impecable pureza que ya la Historia no pueda erosionarlo. (...) Los mitos, cuando se historizan, cuando pierden su lejanía suprahistórica, en suma: cuando regresan, por así decirlo, a la Historia que los vio nacer, al barrio, mueren. No sería arriesgado conjeturar que la luminosa o oscura comprensión de estas razones condujo a San Martín a permanecer lejano, inaccesible, místico."



◆ **Mario "Pacho" O'Donnell, escritor.** "La tantas veces demostrada dignidad de Don José, pero también su fina intuición política, lo convencieron de que ninguna empresa le sería posible si su mando no le era reafirmado por sus subalternos. En caso de que así no fuese, estaba convencido de dejar paso a otro que lo sucediera en la seguridad de que lo primordial era garantizar la victoria militar sobre España. (...) Lo que San Martín también buscaba era que sus hombres legitimaran sus reiteradas desobediencias al poder central."

Por Hugo Chumbita

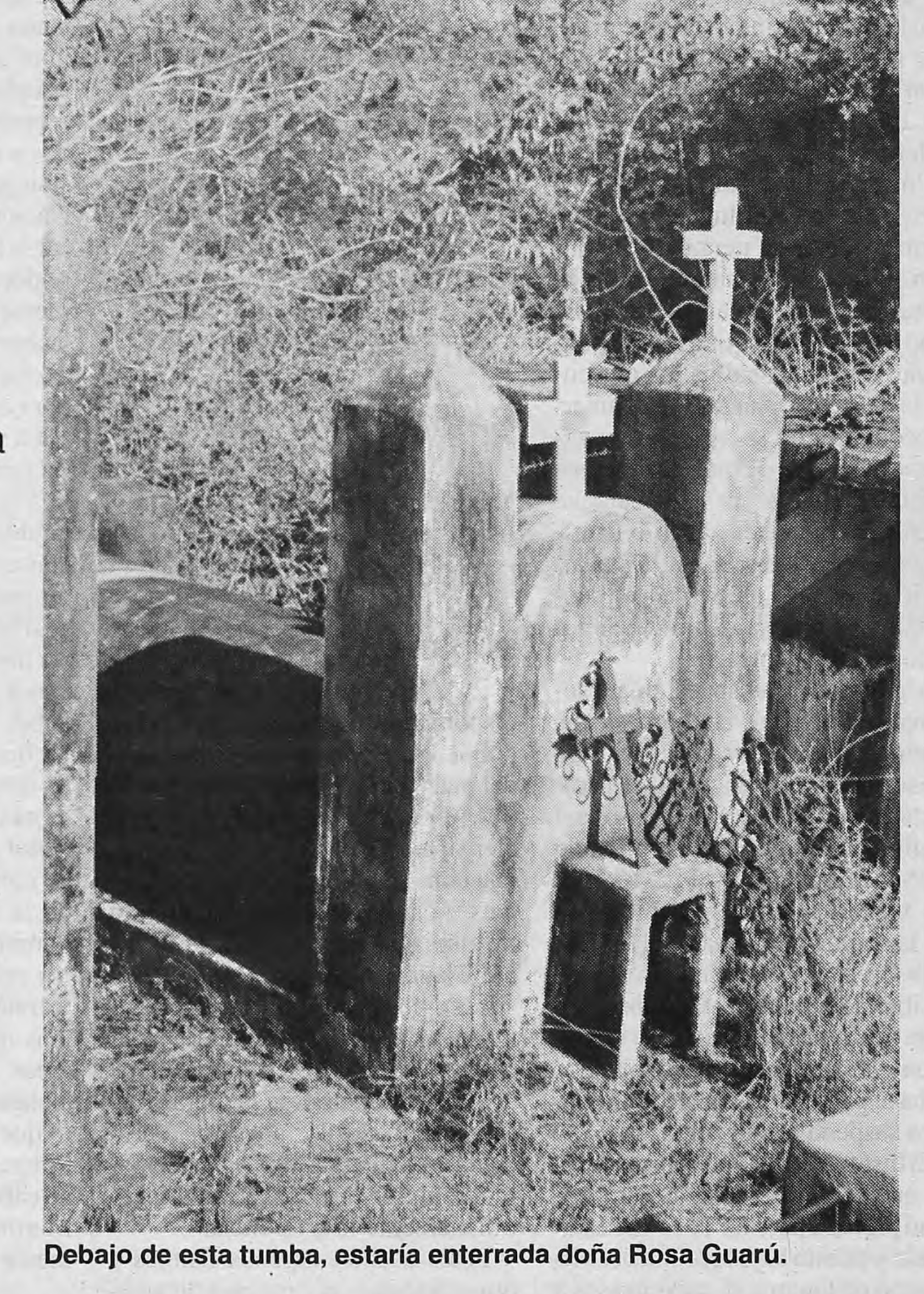
LA HISTORIA DE LA POSIBLE MADRE BIOLOGICA

La interminable espera de Rosa Guarú

"Rosa Guarú era la indiecita que tuvo un niño, y la familia San Martín lo adoptó como propio, pero ella siguió en la casa cuidándolo, criándolo, hasta que se fueron a Buenos Aires. El niño tenía entonces unos tres años y le prometieron que iban a venir a llevarla a ella, pero no aparecieron más. Rosa Guarú los esperó toda la vida. Cuando atacaron y quemaron Yapeyú, ella se fue a la isla brasilera, estuvo mucho tiempo allá y volvió. Levantó un ranchito por Aguapé, y mantenía la esperanza de que volvieran. Le tenía un gran apego a José Francisco. Nunca se casó, aunque tuvo otros hijos. Siempre preguntaba por San Martín. Este, cuando era jefe de los granaderos, le regaló un retrato o medalla que ella conservó siempre, y al morir, ya muy viejita, la enterraron con ese recuerdo del que era inseparable."

Esto es lo que los tatarabuelos de María Elena Báez relataron a sus hijos y nietos, y ellos a su vez transmitieron a los biznietos y a ella. Los pobladores antiguos de Yapeyú, y especialmente las mujeres más añosas, como Zoila Daniel, Elisa Coronel y Yuntina Ferreira, conocen la historia, aunque la cuentan con muchas reservas, sólo si les pregunta. Lo único que admite la versión oficial es que Rosa Guarú fue la niñera del Libertador, y los yapeyuanos guardaron el secreto de que era su verdadera madre.

El historiador que presentó la semana pasada al Congreso un pedido de estudio de ADN que resuelva la polémica existente en torno a la filiación cuenta en esta nota la historia de la india que podría ser la madre del prócer. Tras esa pista se pasó los días previos a este aniversario. En Corrientes la imagen de Rosa Guarú es popular, gracias a la tradición oral.


Debajo de esta tumba, estaría enterrada doña Rosa Guarú.

Una antigua tradición

Por la banda oriental del Uruguay, según el historiador uruguayo Washington Reyes Abadie, los relatos orales preservaron también la memoria de la madre guaraní del Libertador, que fueron la punta del ovillo de esta investigación.

Don Antonio Emilio Castelo, autor de una completa historia de su provincia que tiene ya varias ediciones, y el lingüista guaraní Víctor Cejas nos confirmaron que la misma tradición subsistía en Corrientes, donde el nombre y la imagen de Rosa Guarú han mantenido una entrañable vigencia.

Una crónica publicada por Pedro Mesa Toledo, antaño maestro de escuela en Yapeyú, narra que, en la época de la guerra del Paraguay, Rosa Guarú preguntó por la suerte del general San Martín a uno de los oficiales que venía del frente. Cuando éste le informó que había muerto en Francia en 1850, las lágrimas corrieron por el rostro ajado de la anciana. Ella sobrevivió unos treinta años a su hijo. El cura Eduardo Maldonado (*La cuna del héroe*, 1920) consigna que falleció en Aguapé, a dos leguas de Yapeyú, hacia 1880.

Don Pedro Ordenavía, jefe de correos de Yapeyú, recopiló entre otros testimonios los recuerdos de los colonos franceses que vinieron a establecerse en la zona y la conocieron personalmente a Rosa Guarú alrededor de 1860. Lorenzo Parodi, un agrónomo de renombre de la Universidad de Buenos Aires que relevó la flora del lugar, describió en la revista *Darwiniana* (1943) el *ficus sanmartinianus*, el higuerón bajo el cual la joven misionera amamantaba al niño, e incluyó las referencias de Ordenavía de que había vivido hasta los 112 años. Ello no sorprende a nadie en estos pagos, donde se recuerda a numerosos longevos más que centenarios.

El viejo higuerón cayó en 1986, y hoy se yergue en el mismo lugar un airoso retoño que los vecinos veneran como a su predecesor. Pocos metros más allá, ante el espléndido escenario de la barranca que se empina sobre el río Uruguay, el templete construido en 1938 por el gobierno nacional protege los muros de piedra que quedaron de la casa de la gobernación. Hace un siglo y medio, Rosa Guarú fue traída desde Aguapé para atestiguar que esas ruinas correspondían al hogar de los San Martín.

En el recinto del templete, custodiado permanentemente por un granadero en uniforme de gala, una urna de metal dorado guarda sendas cajas con los restos de Juan de San Martín y Gregoria Matorras, que fueron trasladados de España a Buenos Aires en 1948 y enviados desde la Recoleta a Yapeyú en 1998.

Los héroes misioneros

Doña María Elena Báez nos habla con emoción, como si hubiera sido ayer, de los 300 soldados misioneros –trece de ellos yapeyuanos– llevados por pedido de San Martín para integrar el Regimiento de Granaderos, uno de los cuales fue Juan Bautista Cabral. El 6 de mayo de 1813, con una nota firmada por cuatro de aquellos hombres, Matías Abucú, Miguel Aybi, Andrés Gueyare y Juan de Dios Abaya, se presentaban ante San Martín expresando *"la felicidad y el honor de conocerlo y saber que es nuestro paisano"*, y agregaban que *"somos verdaderos americanos con sólo la diferencia de ser de otro idioma"*. Los yapeyuanos están orgullosos de estos soldados que acompañaron al Gran Capitán en sus combates a lo largo del continente, y la tradición evoca con pena que sólo volvieron seis.

Pero aún más que los bravos tapes que regaron su sangre por la libertad americana, la heroína yapeyuana es Rosa Guarú, la humilde niñera del Libertador, cuyo secreto era ser también su madre. Una historia que coincide perfectamente con la otra vertiente de memorias que hemos documentado sobre las andanzas por el río Uruguay y por Yapeyú, alrededor de 1778, de aquel marino y conquistador español que fue don Diego de Alvear y Ponce de León.

La autora de la estupenda cantata "Pepe Pancho", la poetisa santafesina Elena Siró, alude a Rosa Guarú cuando se refiere al "niño con dos madres". Viejos grabados retratan sus rasgos bellos y su piel bronceada, con vestido largo pero descalza, porque ella nunca admitió que le calzaran zapatos.

Otro de sus hijos fue José Guarú, quien llegó a ser comisario de Yapeyú. Aunque el Registro Civil de la localidad recién se organizó en 1901 y, según nos explica una encargada de la oficina, los libros más antiguos se conservan mal, tal vez existan datos de los Guarú en estos o en los anteriores registros parroquiales. Es presumible que vivan actualmente algunos descendientes.

La tumba de Rosa Guarú

Los lugareños afirman que doña Rosa Guarú fue sepultada en Aguapé, un pueblo hoy prácticamente extinguido. Tanto el actual interventor del municipio, Pascual Rotella, como el ex intendente de Yapeyú, PedroNorberto Zulpo, comparten esta certeza, si bien el punto exacto donde estaría enterrada es motivo de controversia.

Don Francisco Sampallo, que alterna sus ocupaciones de granadero con la vocación de verseador, sostiene que se halla en el antiquísimo camposanto que está dentro de su predio. Cuando acudimos a su casa, un hermoso rancho típico de la región, nos relata que él compró las 15 hectáreas que posee a Petrona Suárez, en cuya estancia fue peón muchos años. Doña Petrona le mandaba mantener limpio de maleza el campo desde "la tumba de Rosa Guarú", que Sampallo ubica en una esquina del cementerio.

El problema es que, como pudimos comprobar, se han superpuesto los sepulcros de la época de las misiones con los de posteriores etapas del poblamiento. Muchas cruces y túmulos han sido removidos. La tumba más nueva, la del Chato Silva (que ostenta un estandarte rojo y una botella de ginebra para recordar su afición al canto y la bebida) data de una década atrás. Sampallo se mantiene vigilante con su escopeta cargada para ahuyentar a los merodeadores. Sabe que a veces, en las horas del sueño, practican allí ciertos "trabajos" ceremoniales los espiritistas del culto umbanda, que han extendido su influencia desde el vecino Brasil.

Recorriendo las inmediaciones, Sampallo y Zulpo nos hablan de periódicos hallazgos arqueológicos que han nutrido los museos de la región y sus propias colecciones "caseras": vasijas y otras cerámicas guaraníes, tallas jesuíticas en madera y en piedra, boleadoras, hachas paleolíticas y puntas de flechas, monedas, estribos, nazarenas, piezas metálicas de los aperos de los ejércitos indígenas y criollos que libraron incontables batallas en las tierras rojas misioneras. Por ahí resuenan todavía los ecos de las legendarias hazañas de Andresito Guacurarí, el ahijado de Artigas. Y cada tanto aparecen buscadores de tesoros, munidos de planos, documentos e instrumentos de detección, alentando la esperanza de dar con las fabulosas riquezas que habrían ocultado los jesuitas antes de marcharse expulsados de la región en 1767.

Llegamos a visitar también, en el centro de lo que antes fuera el poblado principal de Aguapé, otro cementerio abandonado donde podría estar la tumba de Rosa Guarú. Ahora es parte del lote de Tatita Romero, uno de los pocos paisanos que se empeñan en permane-

Datos: ***"Los lugareños afirman que la posible madre indígena de San Martín, doña Rosa Guarú fue sepultada en Aguapé, un pueblito hoy prácticamente extinguido, desaparecido de los mapas. Tanto el actual interventor de ese municipio correntino, Pascual Rotella, como el ex intendente de Yapeyú, Pedro-Norberto Zulpo, comparten esta certeza, si bien el punto exacto donde estaría enterrada es motivo de controversia".***



VOCES

◆ **Rosendo Fraga, politólogo.** "La figura del general José de San martín ha sido la única que ha mantenido el consenso favorable de las distintas corrientes político-ideológicas de la Argentina. (...) Subrayando el hecho de que la figura de San Martín es el verdadero punto de unión nacional, de todos los sectores, facciones y corrientes políticas que han dividido a los argentinos desde mediados del siglo XIX, quedaría por profundizar el estudio del político y del gobernante, que han quedado en un segundo plano frente a la personalidad militar y el ejemplo moral."

◆ **Norberto Galasso, historiador.** "Hay una polémica sensacionalista que no hace a la cuestión de fondo, porque San Martín hubiera tenido la misma importancia en la liberación de Perú y Chile tanto si hubiera sido hijo de Juan de San Martín como si lo hubiera sido de una india guaraní y Diego de Alvear. Estas y otras cosas que plantea el libro de Hamilton han escandalizado a alguna gente. También se dice que tomaba opio, tenía hemorroides e iba de burdel en burdel. Se supone que todas estas cosas tienden a humanizarlo. Pero no se puede iniciar cada capítulo contando cómo va de cuerpo. En fin, ésa es la polémica escandalosa."



El nombre de un comercio, homenajeando la memoria de la india.

cer en aquellos parajes.

Algunos objetos preciosos permitirían verificar cuáles son los restos de la finada: el trofeo del que jamás se separó y con el que fue sepultada, que según algunos sería un relicario con la imagen o cabellos del niño y, según otras versiones, una cruz de oro u otra condecoración semejante que después de la batalla de San Lorenzo el Libertador le obsequió en mano o le envió con un edecán.

Hasta aquí llega nuestra exploración. La búsqueda debería proseguirla un equipo idóneo de historiadores, antropólogos y arqueólogos que cuenten con el respaldo legal y los recursos tecnológicos necesarios.

Aguardando un milagro

Cercados por la crisis de la economía tradicional que ha devastado y despoblado gran parte de la región, los yapeyuanos subsisten principalmente del magro empleo público en algunos destacamentos y oficinas estatales. El turismo es una débil ilusión, pues los viajeros que van a las cataratas o a Buenos Aires pasan de largo o se detienen fugazmente en el lugar. Pero don Norberto Zulpo y la licenciada María Isabel Argias de Rebés nos hablan de los proyectos que han impulsado para rescatar el fantástico patrimonio arqueológico yacente bajo tierra, en los túneles de la parroquia jesuítica, en los cementerios y en otros centros que deben ser localizados reconstruyendo el plano originario del asentamiento misional.

Doña María Elena afirma que este país ha sido ingrato con el Libertador, a quien echaron dos veces al destierro, y que sólo podrá salir adelante cuando hagamos un verdadero acto de contrición por los agravios que le infligieron. Como Rosa Guarú, ellos llevan también mucho tiempo esperando. En el año del sesquicentenario sanmartiniano, sería oportuno que ocurriera algo nuevo en Yapeyú. Quizás la gente de este país vuelva sus ojos hacia aquel luminoso rincón fronterizo que contiene, entre sus tesoros escondidos, un símbolo de nuestros orígenes. Quizás lo rescatemos del olvido y la lejanía. Quizás resolvamos los enigmas y podamos completar esta historia, y nuestro país se compadezca del paciente destino y la espera interminable de Rosa Guarú.

Por Ema Cibotti *



DE COMO FUE CONVIRTIENDOSE EN BRONCE

La militarización del héroe

Fue en el siglo XX que el correntino más famoso quedó en el lugar de la historia que la escuela primaria nos enseñó. Pero en torno de su figura siempre hubo tironeos e internas. La autora de esta nota los enumera y recuerda que fue con Juan Domingo Perón que el héroe se convirtió en rehén de las Fuerzas Armadas.

Jorge Luis Borges decía que un hombre sólo ha muerto cuando el último hombre que lo ha conocido muere a su vez, es decir cuando ya no queda nadie que pueda recordarlo de viva voz. La biografía de José de San Martín no culmina entonces el 17 de agosto de 1850, por lo menos se prolonga medio siglo más. De hecho hasta comienzos del siglo XX es posible encontrar voces benevolentes o maledicentes sobre su persona, ecos de la polémica que su trayectoria vital despertó.

En este sentido, interesa el testimonio que deja Vicente Quesada en 1915. El historiador y diplomático recuerda en una conferencia pública que ha recibido de manos de un investigador peruano un retrato de un supuesto hijo natural de San Martín muerto poco tiempo atrás en Lima, y agrega: ha sido voz pública en la ciudad del Rimac, que aquel mulato era bastardo del héroe. Quesada le resta importancia al hecho pero no omite contarlo. ¿Quiere humanizar al prócer? No, no necesita hacerlo, simplemente acude a la tradición oral que todavía opera con fuerza sobre el sentido común.

La perspectiva borgeana permite entonces revisar la construcción del mito sanmartiniano y ubicar en su contexto la actual afirmación que ubica a San Martín como un héroe en el bronce desde... siempre. El endiosamiento del prócer y sobre todo la militarización de su figura no es imputable al siglo XIX, y según se lo mire, es un fenómeno mucho más tardío, o más reciente: comienza bien entrado el siglo XX. Por el contrario, si buscamos estas huellas en los primeros biógrafos de San Martín, no las encontraremos.

Los contemporáneos del prócer ejercitaron sin temor la crítica directa y abierta sobre su persona como sobre sus actos. Dos de ellos lo conocieron en el exilio. Domingo Faustino Sarmiento lo visitó en Grand Bourg en 1845, dos años antes había estado Juan Bautista Alberdi. Pese al enorme interés y admiración que despertaba en ambos, ninguno dejó una visión apologética de su anfitrión. Sobre todo el sanjuanino juzgaba con acritud la relación epistolar que San Martín mantenía con Juan Manuel de Rosas, un tirano condenado por la historia. Sin embargo, ya a cada lado de los Andes, los miembros de la segunda generación de la Independencia reconocían en San Martín al Libertador. Según cuenta en *Historia de Chile* Francisco Encina, sus antiguos oficiales chilenos también rehabilitaban en Chile su figura. En 1845 el general Francisco Pinto le escribía: "Marcha a Europa mi hijo Aníbal en la legación que va a Roma, y al pasar por París tiene que cumplir con la obligación que incumbe a todo chileno de besar la mano de quien nos dio patria. Sírvase usted, mi general, echarle su bendición".

En 1842 el Congreso de Chile vota por unanimidad una ley que restituye el grado y otorga una pensión vitalicia a San Martín y a Bernardo O'Higgins. La reivindicación pública de ambos había comenzado un año antes con un vibrante escrito de Sarmiento en la prensa chilena. Firmado con el seudónimo de un teniente de Artillería de Chacabuco, su autor, quien obviamente no había estado en la batalla, provoca la inmediata atención pública. El artículo pone en marcha la revisión del pasado revolucionario bajo una nueva perspectiva, la del presente americano que busca allí el origen del nuevo orden institucional. Una vez retomada esta línea de continuidad histórica, la figura de San Martín adquiere el status de primus inter pares, es el primer exiliado dirá Sarmiento desde su propio exilio. Pero, su gloria no debería opacar la de los hombres que pelean la organización nacional.

Por eso en 1852, caído Rosas y proscripto a su vez, Sarmiento le pide a Alberdi una biografía del héroe. Su destinatario rehúsa el convite, pues cree que se pretende condicionar su juicio. Sarmiento le contesta inmediatamente: "Sin ser mi ánimo que fuese una detracción, porque yo no aconsejaría a nadie que no fuese honorable, creía que una alabanza eterna de nuestros personajes históricos, fabulosos todos, es la vergüenza y la condenación nuestra". Pero Alberdi, que se burla de este uso de la historia, queda solo. En 1865, disgustado con el curso de los hechos, y mientras acusa a Justo José de Urquiza de volver a ser un satélite de Buenos Aires, arremete contra la primera versión de la *Historia de Belgrano*, publicada en 1857 por Bartolomé Mitre y prologada por Sarmiento. Con ironía fustiga la vanidad nacionalista de Mitre. En Sud América, cada república tiene que deber su historia a su vecina. ¿Acaso la revolución no se ha hecho de esa manera? ¿Y cuáles fueron sus banderas? La azul y blanca, aclara Alberdi, sólo flameó victoriosa en territorio argentino en la batalla de Salta, con la bandera española se hicieron las campañas de Paraguay, de Montevideo y del Norte, con las banderas de Perú y de Colombia se definió la independencia en Ayacucho; la bandera azul y blanca sólo volvió a desplegarse en Chile pero San Martín, una vez en Lima, la reemplazó por la del Perú pese a la oposición de los oficiales argentinos. Esta es la historia que Mitre no cuenta, asevera Alberdi, porque no da votos para la presidencia.

Mientras se suscitan estas polémicas, se construye el panteón nacional y se lo consagra a San Martín en el sitial de privilegio. En 1862, se inaugura la gran estatua ecuestre del héroe en Buenos Aires. Mitre presidía la república. A partir de 1875, comienza a publicar en *La Nación*, en forma de folletín, la *Historia del general San Martín*. La obra cuenta con profusión de documentos que provienen entre otros repositorios del archivo familiar de San Martín en manos de su nieta doña Josefa, que cumple con el envío. En 1878 el gobierno nacional en pleno conmemora el primer centenario de su nacimiento. Los actos son masivos. Desde el año anterior, el presidente Avellaneda ha logrado instalar en la opinión pública la necesidad de juntar fondos para repatriar los restos del Libertador. Las comisiones suscriptoras se multiplican. En ese contexto debe leerse la versión de la nieta de Alvear que reclama, en ese momento, su filiación con el prócer. El 28 de mayo de 1880, la ciudad recibe los restos de San Martín, para la ocasión se pospone el enfrentamiento armado entre los detractores y los partidarios de la federalización de Buenos Aires que ya es inevitable.

Entre 1887 y 1888, Mitre concluye su obra biográfica. Su visión de San Martín no es complaciente. Lo describe como un general más metódico que inspirado, un político por necesidad y por instinto más que por vocación, en fin, una inteligencia común de concepciones concretas. Polemiza con Vicente Fidel López, que juzga con más dureza al Libertador pues no omite referir cuanto ha oído de su propio padre, Vicente López y Planes.

> **Cambio:** ***"En 1950, el general Juan Domingo Perón preside los actos del primer centenario de la muerte del Libertador. El mito se despoja definitivamente del hombre conocido y sólo viste ropaje militar. El prócer fundido en el bronce acaba definitivamente de nacer".***

Años después, cuando Ricardo Rojas publica en 1933 *El Santo de la Espada*, la tradición oral ha concluido. Rojas puede sin reservas presentar a San Martín como un héroe laico, un hombre moral por encima del militar. Su interpretación le disputa tanto a la Iglesia como al Ejército la fiscalización del ritual patrio. Pero, ciertamente después del golpe de 1930, el contexto no es favorable para este propósito. Después del golpe de 1943 el culto sanmartiniano se oficializa según los dispositivos del Estado nacional. En 1950, el general Juan Domingo Perón preside los actos del primer centenario de la muerte del Libertador. El mito se despoja definitivamente del hombre conocido y sólo viste ropaje militar. El prócer fundido en el bronce acaba definitivamente de nacer.

* *Historiadora.*